

MEGAN MAXWELL

Te esperaré toda mi vida

5,95€



Megan Maxwell

Te esperaré toda mi vida

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Megan Maxwell, 2011

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2015

Depósito legal: B. 22.019-2014

ISBN: 978-84-08-13651-4

Composición: Atona-Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Londres, julio de 2010

El día en Londres era gris, lluvioso y oscuro. Un día de esos en los que en España se diría que «caen chuzos de punta». Nada que ver con el estado de ánimo de un grupo de amigas que estaban de celebración en un bar de lo más chic en Oxford Street.

—Brindo por mi separación de Jeffrey —gritó alegremente Montse—. Dios mío de mi alma, ¡casi la cago al pensar que era el hombre de mi vida! No volváis a dejar que se me nuble la razón por otro petardo que solo vea divertido estar más estupendo y guapo que yo.

—Amén, linda —aplaudió Juana.

—Brindo por ti —añadió Julia levantando su copa— y por esa sensatez que aunque a veces brilla por su ausencia, esta vez se ha manifestado y te ha hecho ver que era mejor convivir con él un tiempo antes de celebrar la boda llena de azahar y glamour en la catedral de San Pablo. Si hubiera sido así, ahora todo sería más complicado. Te lo aseguro.

Qué razón tenía Julia. Meses atrás Montse les confesó emocionada que Jeffrey y ella estaban planeando casarse y celebrar un bodorrio por todo lo alto en la catedral donde años atrás se casaron el príncipe Carlos y lady Diana Spencer. Aquello las dejó totalmente atónitas. Si había algo destinado al fracaso era aquella relación.

Entre otras cosas, Jeffrey era un inglés demasiado adinerado para Montse, que se había criado con su padre, un feriante que apenas la cuidó. Su madre murió al nacer ella, y la muchacha solo supuso para aquel un estorbo más que un beneficio. Cuando Montse llegó a Londres, el primer trabajo que encontró fue de camarera en una taberna irlandesa. Durante años trabajó sin descanso, e incluso se matriculó en un curso de informática y a otro de kárate donde conoció a Juana. Una muchacha canaria, bajita y divertida, que al igual que ella había terminado en Londres para buscarse la vida como peluquera. Gracias a ella y sus contactos, Montse consiguió un trabajo en EBC, una cadena de tiendas de ropa de jóvenes diseñadores. Allí demostró que además de tener buen gusto para combinar la ropa, sabía aconsejar y en especial llevarla. Era la encargada de ventas del departamento de grandes firmas. Años después, en una de las competiciones de kárate conocieron a Julia y Pepe, un matrimonio madrileño de unos cincuenta años y sin hijos que había acabado allí por el traslado de él. Pepe era contable y Julia médico de cabecera.

—Vamos a ver, chicas. No lo negaré. Tuve unas buenas consejeras —asintió Montse mirando a sus amigas—. Menos mal que os escuché y no me casé con él. Dios mío, ¡sois las mejores!

Julia y Juana se miraron y sonrieron. Jeffrey y Montse no estaban hechos el uno para el otro, y cualquiera que pasara con ellos una sola tarde podía verlo. Aunque a ellos darse cuenta les costó más de dos años de relación.

—Nunca imaginé que Jeffrey pudiera hacerme algo así. Que cayera tan bajo. Me ofendió cuando me dijo que la juventud de esa chica le nubló la razón. Y ya cuando el muy imbécil concretó que yo ya tenía una edad como para entender que esa chica le gustara, me ofendió. ¡Me estaba llamando vieja! Pero, Dios, si solo tengo veintinueve años.

—¡Gilipollas! —bufó Julia al escucharla.

—¡Me llamó vieja en toda mi cara! Cuando precisamente con veintinueve años estoy en mi mejor momento —gruñó Montse—. Como alguna vez se le vuelva a ocurrir a alguien llamarme vieja, os juro que le arranco la cabeza.

—Hombres, mi niña, hombres —suspiró la canaria.

—Cariño, don Tiquismiquis y tú no teníais futuro. Te lo dije cientos de veces, pero nunca quisiste escucharme —murmuró Julia con la sinceridad y la seguridad que le daban las canas—. Ese engreído nunca me gustó. A Juana y a mí nos miraba por encima del hombro cada vez que nos veía y luego, cuando tú estabas delante, disimulaba como un auténtico gañán. Como se dice en Vallecas, ¡ese pijo no era trigo limpio!

Montse asintió. Muchas habían sido las veces que sus amigas le habían hecho aquel comentario. Pero ella no quería oírlo por amor. No es que estuviera locamente enamorada de Jeffrey, pero le quería y se lo pasaba muy bien con él.

—No le des más vueltas, ¡la cagó! Y le pillaste —afirmó Juana al ver el gesto de su amiga.

—Sí, definitivamente le pillé con las manos en la masa, ¡y nunca mejor dicho! —susurró Montse al pensar en aquel fatídico día. Pero reponiéndose, tras dar un trago a su bebida, soltó—: La verdad es que ahora me alegro de que mi relación con él acabara. Me abrió los ojos. Jeffrey solo piensa en él, luego en él y finalmente en él. Pero si se ha quedado hasta con los potos ¡así se lo coman vivo!

—Vamos a ver, cariño —suspiró Julia tras escucharla—. Don Tiquismiquis se ha quedado con todo porque tú has querido.

Montse, acostumbrada a viajar por la vida sin apenas equipaje, asintió, y en tono guasón cuchicheó.

—No quería nada de él.

—¡Faltaría más! —se mofó Juana, que conocía muy bien a su amiga.

—Os juro que sentí que no necesitaba nada de aquello. Pero reconozco que me sorprendió su egoísmo. Casi nada de lo que allí había era mío. Y no... no quiero nada que no me haya ganado yo solita previamente.

—Bueno... momento L'Oréal —cuchicheó la canaria.

Eso hizo reír a Montse, que tocándose su oscura melena con comicidad respondió:

—Por supuesto, ¡porque yo lo valgo!

—Esa es mi chica —comentó Julia—. Dignidad ante todo.

—No lo dudes —se mofó Montse—. Nunca me quedo con nada que no sea mío. No me gusta. Aunque el muy gañán se ha quedado con mis cremas. Todas.

—No me digas que se ha quedado con la crema Sensai Cellular Performance de Kanebo. ¿La que te regaló y costó un ojo de la cara y parte de otro? —preguntó Juana.

Montse asintió y Julia incrédula susurró:

—¡Será mariquita el *jodio*! De tonto no tiene un pelo.

—Ah... y con la crema depilatoria de Elizabeth Arden. Siempre decía que mis cremas depilatorias le gustaban porque olían muy bien. Es más, últimamente pretendía que le depilara yo también las piernas y las ingles.

—Uis... qué fatiguita, por Dios —resopló Julia al escucharla—. Donde esté mi Pepe con su exceso de pelo y kilillos que se quiten estos nuevos guaperas que matan por una buena depilación.

—Definitivamente —continuó Montse—, no me volveré a fijar en el exterior de un tío.

—Harás bien, mi niña —asintió Juana.

—Mira mi Pepe. No es un adonis, pero me cuida y me mima, aunque a veces discutamos, como últimamente —bufó Julia.

—¿Has vuelto a discutir con tu osito? —suspiró la canaria.

—Sí. Llevamos una temporadita algo revolucionada.

—Pero ¿qué os pasa? —preguntó Montse.

—Nuestro regreso a España nos va a costar el divorcio. Él no entiende que yo no quiera regresar. Me gusta vivir en Londres y...

—Venga... venga, respira y no te pongas nerviosa. No creo que Pepe lo haga para molestarte —rio Montse.

Pepe y Julia eran dos personas excepcionales y que se querían muchísimo, aunque tras años de matrimonio les gustara hacerse la puñeta mutuamente.

—Respirar... respiro. Pero es que me saca de mis casillas, y encima el otro día me viene con que quiere que para su cumpleaños, que es en febrero y nos pillaré ya en Madrid, hagamos un fiestorro en nuestra casa para celebrarlo con su familia. Y no... no soporto a mi suegra. Esa mujer con más bigote que una gamba cuchichea a mis espaldas y no me gusta.

—Ya está, mi niña... ya pasó. Es su madre, y él la quiere, tienes que entenderlo —se mofó la canaria.

—Tienes razón —rio la implicada—. Por muy bruja que sea la susodicha, es la jodida madre de mi Pepe. Ay, Dios... qué complicado es esto del amor.

Después de un pequeño silencio, Montse dijo:

—Obviando los problemas de Julia y su Pepe, a partir de ahora solo me fijaré en el interior de los hombres. ¡Me quiero enamorar! Pero necesito que sea un hombre de los de verdad. De esos que te abren la puerta, te retiran la silla al sentarte... en fin, alguien diferente y especial.

—Yo también quiero uno así. Pero me temo que la mayoría de los hombres de hoy se sientan al ver la silla libre, no sea que se queden sin ella —se mofó Juana.

Animada por el momento, Montse recordó al hombre que solía aparecer en sus sueños desde pequeña pero que no llegaba a ver con claridad.

—Quiero un hombre que me mire con pasión y que

con su mirada me haga temblar como a una boba. Uno de esos que con su sola presencia te hacen sentir protegida, querida y amada.

—¿Te han echado alucinógenos en la bebida? —se burló la canaria al escucharla.

—Y sobre todo y muy importante —concluyó Montse despertando de sus anhelos—, que no se le ocurra llamarme ¡vieja! Porque juro y rejure que la próxima persona que se le ocurra llamarme ¡vieja! se traga los dientes.

En ese momento se abrió la puerta de la taberna y entró un hombre alto, guapo e impecablemente vestido de negro y gris, muy del estilo de Jeffrey y sus refinados amigos.

—Uf... qué bien le sienta ese traje de Armani. —Al ver cómo la miraban sus amigas Montse aclaró, haciéndolas reír—: Pero no. No quiero más metrosexuales en mi vida. ¡Se acabó!

Sus amigas se miraron con complicidad. Si algo tenían claro, era que Montse no iba a cambiar nunca. Era espontánea, loca y divertida, y eso la hacía especial.

—Déjame decirte que no todos los hombres son iguales —rió Julia—. Puedes encontrar uno guapo como los que te gustan y que además sea sensato, varonil y galante. Tipo Clooney.

—¿Dónde está, que me lo quedo yo? —bromeó Juana.

—Lo que pasa, ¡Montserrat! de mi alma... —se mofó Julia.

—No me llames así, que lo odio —se quejó la aludida mientras su iPhone le indicaba que había recibido un mensaje. Era de Jeffrey. Don Tiquismiquis, su ex.

«Tengo ganas de verte.»

Incrédula, lo volvió a leer y, sin hacer el menor caso al mensaje, lo cerró y, tras sonreír, miró a su amiga Julia que continuaba hablando:

—Decía, querida amiga, que te sueles fijar en cada espécimen, hija mía, que es para echarte de comer aparte.

Porque ahora ha sido don Tiquismiquis, pero qué me dices de, por ejemplo, René, el sueco.

—Uis... qué guapo era René —se burló Juana.

—Y qué limpito iba siempre y lo bien que le sentaba la ropa de Adolfo Domínguez y las camisetas de Custo —asintió Montse divertida al recordarle.

—Sí, pero todo se le iba en la fachada. Era un vago de tres al cuarto —recordó Julia.

—Tienes razón. Era tan guapo que me daba hasta vergüenza ver cómo me miraban las chicas por la calle cuando caminábamos con él. Me hacían sentir fea y más bajita —se mofó Juana.

—Fueron seis meses, pero ¡qué meses! —suspiró Montse al recordarle.

—Y Robert —prosiguió Julia—. ¿Qué me decís de él?

—¿Aquel que solo comía pollo y arroz? —preguntó la canaria, y Julia asintió mientras se atragantaba de risa.

—Era un idiota creído aspirante a *Gran hermano* —admitió Montse—. Eso sí, estaba de muy buen ver. Eso no lo voy a negar.

—¿Lo ves? —dijo Juana—. A ver si cambias tus gustos y te fijas en hombres, pero hombres de verdad. No en guaperas metrosexuales que se horrorizan si se ven un pelo fuera de lugar o engordan unos kilillos.

—Lo sé... lo sé —asintió Montse al recordar los ataques de Jeffrey si la báscula subía cien gramos—. Tengo que cambiar.

—Necesitamos encontrarte un hombre como los de antes —sentenció Julia.

—¡Ya lo encontré! Lo malo es que solo vive en mis sueños nocturnos —se carcajeó aquella—. Oye, ¿por qué no aprovechamos esa búsqueda y buscamos otro para Juana?

La aludida, al escuchar su nombre se carcajeó, y rápidamente dijo:

—Ay, Montse, ¡ya me gustaría! Pero yo no soy el pro-

totipo de mujercita que suele gustar. Soy graciosa, y no bajita, sino *recogidita* —todas rieron—, pero no tengo muchos encantos. Y mira que me joroba decirlo, pero es la verdad. Solo atraigo a mequetrefes con nombres insulsos como «Chino», «Juanito» o «Yuls». No puedo competir con vosotras, las estilizadas. Eso sí, si yo fuera alta y espigada, uf... otro gallo cantaría.

Aquello les hizo carcajearse a las tres. Al final, la canaria, levantando de nuevo su copa, miró a sus amigas y dijo en tono alegre y jovial:

—Pero como de ilusiones también se vive, brindo porque alguna vez un tío de verdad, con un nombre contundente y una mirada cautivadora, se fije en mí. Pero sobre todo brindo por la tarde de rebajas que nos espera en Oxford Street.

—Tú lo has dicho —rio Montse—. ¡Vivan las rebajas!

Diez minutos después, bajo el aguacero, tres mujeres divertidas corrían y se metían en una tienda de ropa *casual*. Tenían mucho que comprar.